

Parroquia La Anunciación
Retiro de Viernes Santo
28 marzo 2013
10 a 13 hrs.

Ante todo: reconocer el señorío de Dios

El Viernes Santo nos pone ante la entrega de Jesús en la cruz, donde - en su muerte - se nos revela toda la grandeza de su amor. No es un tiempo para dedicarnos a meditar temas, sino a buscar penetrar con calidad y honestidad en lo central de nuestra vida. Es el tiempo adecuado para preguntarnos por la calidad evangélica de nuestro actuar. Cf. 2 Corintios 12,5-10

La vida cristiana nunca ha sido fácil. Pero tenemos actualmente cierta impresión de que ser cristiano es más difícil que en tiempos pasados. Al menos que en tiempos inmediatamente pasados. Y quizá no falten elementos que apunten en este sentido. Aunque es difícil calibrar cualitativamente las dificultades, porque está el peso de lo cultural. ¿Para ser cristiano basta con seguir las costumbres de una sociedad exteriormente católica y sancionadora de quienes no sigan sus prácticas? La respuesta no es nada de fácil.

Sobre el telón de fondo de lo anterior caben dos tipos de respuesta. Una de tipo facilón, que es la dejarse estar, de acomodarse superficialmente a los usos de moda y, en definitiva ir perdiendo la pasión por una vida cristiana consistente, de calidad, capaz de ser significativa, cuestionadora. Este tipo de respuesta tal vez no sea otra cosa que la permanencia de esa respuesta de acomodo a una sociedad que se presentaba como católica y observante, donde era de buen tono el ser creyente. Más que escandalizarnos de la gente que toma este camino, quizá muchos, es necesario que nos demos cuenta de que nuestra fe a veces ha tenido cimientos muy débiles. Es decir, no está arraigada hasta la médula de los huesos, permanece en la epidermis. La otra respuesta posible es la de buscar ardorosamente vivir la fe lo más consistentemente que sea posible. Con calidad evangélica. Con plena conciencia de las dificultades y de las inconsecuencias en que todos caemos. Es decir, sin una postura orgullosa del que se cree bueno y dueño de la verdad, sino con la actitud del peregrino que se reconoce llamado por Dios a una vida cuya profundidad lo trasciende por entero. Es decir, a un camino que sólo es posible en la fe y desde la fe. Indudablemente esta es la respuesta que vale la pena.

En este día Viernes Santo la liturgia de la Iglesia nos sitúa ante la contemplación de Jesús en la Cruz. Es decir frente a su entrega por amor, para darnos vida. Esto nos pone ante el tema de la santidad y del señorío de Dios en nuestras vidas. Es decir, ante al compromiso personal de jugarse todo lo que uno es frente a Dios, radicalmente, sin mezquindades. Que eso es la Santidad: acoger el don de Dios, a fin de hacer de la propia vida un don. De esto el P. Damián nos deja un ejemplo bastante claro. Es dejar que Dios tome posesión por entero de nuestra vida. Que nos dejemos conducir por Él, cada vez más dócil y radicalmente. Cada vez más claramente por los caminos que Él quiera. Y esto por amor, porque reconocemos que sólo en Él, desde Él, nuestra vida va cobrando sentido [Leer Hebreos 12,1-4, recordando lo planteado en el cap. 11].

Es en torno a esta temática que quiero orientar la meditación de esta mañana. Se trata de preguntas simples de formular, pero de respuestas complejas a nivel personal. Es la pregunta por la calidad evangélica de nuestra vida cristiana, que sólo puede ser respondida adecuadamente si primero abordamos el asunto de nuestra actitud frente a Dios. Son los temas radicales que, en el ajetreo de la vida ordinaria tendemos a olvidar. Es momento de ocuparse de la raíz, no sólo de los síntomas.

Para poder vivir la vida con toda su hondura cualitativa debemos vivirla de cara a Dios. Es decir rompiendo el círculo estrecho de nuestras preocupaciones puramente domésticas o de subsistencia, entre las cuales también están las de subsistencia social. Podemos acostumbrarnos a vivir una vida muy deslavada, muy empuñecida. Es el encuentro con la desconcertante y desinstaladora grandeza de Dios la que nos saca de nuestros estrechos márgenes y nos permite crecer en hondura. En esta primera meditación quiero invitarlos a poner la mirada en Dios y en su grandeza. En su señorío, que es el que le da calidad propiamente religiosa a nuestra vida.

¿En qué elementos de nuestra experiencia cotidiana nos pueden ayudar a reconocer este señorío de Dios sobre nuestra vida? ¿Cómo se expresa este señorío de Dios?

1. Ante todo, en el reconocimiento de la gratuidad absoluta de su amor. Dios nos ha amado desde antes de nuestra existencia. Es su mismo amor el que nos ha llamado a la existencia. Nos ha creado por amor, para amar. Su amor es el que sigue sosteniendo nuestra existencia. Su amor es primero, con prioridad absoluta. Ningún mérito nuestro nos hace merecedores de su amor. Ninguna falta nuestra puede separarnos definitivamente del amor de Dios. Su amor es más que todos nuestros méritos y que todas nuestras faltas [Leer 1 Jn 4,8-11]. Este amor de Dios es un amor vivificante, un amor que quiere la plenitud de todo hombre. Un amor constructor de la Paz, de esa paz que es el pleno desarrollo de las potencialidades de cada ser humano. Encontrarse con el Dios trascendente, Señor de nuestra vida, es en primer lugar encontrarse con el Dios del amor gratuito, primero, vivificante. Este es el rostro del Dios verdadero. No es el rostro de la severidad, ni de la violencia o el castigo. Quien cree en Dios es quien cree en su amor gratuito, quien se deja envolver por él como por un manto. La base total de nuestra existencia está en este amor primero de Dios. La primera tarea de la fe es justamente el aprender a admirarse de un amor que trasciende nuestras categorías puramente humanas. Es la capacidad de aceptar la gratuidad, lo inmerecido. Reconocer que la vida se nos regala, que nunca la merecemos. Que la tenemos como de prestado, por pura misericordia de Dios.

2. Este Dios de amor es un Señor todopoderoso. No con un poder físico u opresivo. Su capacidad ilimitada de poder es la de un poder para amar. Para amar a todo hombre, cualquiera sea su condición. Para amarlo con un amor tan pleno que sea capaz de suscitar o fortalecer en su corazón los anhelos del bien, de la plenitud, de la vida. Es decir, un amor sanador, vivificante. Un amor que nos toma en nuestra más concreta condición para conducirnos a ese encuentro con Él que es nuestra plenitud [Leer Efesios 2,1-21]. El Dios todopoderoso es ese Señor que está latiendo en lo más íntimo de los corazones de todos los hombres. Es esa fuerza, ese anhelo, ese clamor metido en la médula de los huesos de todas las creaturas. Es ese clamor que está en la

misma naturaleza. Encontrarse con el Señor Todopoderoso es encontrarse con el amor vivificante que como desde dentro nos va cambiando el corazón de piedra en un corazón de carne. Que como desde dentro nos va purificando de nuestras incontables fallas para, sin hacernos caer en la angustia - respaldándonos en los momentos de dificultad -, permitirnos descubrir nuestra verdadera identidad en el encuentro cara a cara con Él [Leer Romanos 8,31-39].

3. El señorío de Dios lo experimentamos cuando somos capaces de reconocer su soberana libertad, que nos impide absolutamente manipularlo, domesticarlo. Al final, Dios siempre se sale con la suya. Es Él quien nos llama, quien nos invita abandonar nuestros caminos, para entrar por los suyos. Es Él quien nos invita a buscar su voluntad, a veces es el claroscuro, para hacer de ella la orientación fundamental de nuestra existencia. El Señor trascendente es el que permanentemente nos desinstala. No nos deja acostumbrarnos a lo ya conocido, sino que nos abre horizontes siempre nuevos, siempre imprevistos. El Dios que nos sale al paso en las personas que se cruzan por nuestra vida, y que desde allí nos invita a dejar nuestras planificaciones para acoger la necesidad del hermano [Leer Isaías 55,1-3.6-9]. No perder nunca la capacidad de apertura a la novedad de Dios, la capacidad de dejarse desinstalar, parecen ser condiciones indispensables para no perder la admiración permanente frente al misterio del querer de Dios. No podemos hacernos un Dios a nuestra medida. Eso no es más que un ídolo. Tenemos que tener la suficiente docilidad para permitir que Dios mismo nos vaya modelando de acuerdo a sus criterios, según su propia medida [Leer Isaías 45,9-12]. Por más que eso con frecuencia nos desconcierte. Hay un sano e indispensable desconcierto frente al querer y la acción de Dios. Es lo que nos indica que efectivamente lo estamos buscando a Él y no a nosotros mismos.

4. El Dios Señor de nuestras vidas es siempre un Dios exigente, no regaloneador. Pero con una exigencia que es para la vida, no por fría severidad o por afán de castigo. El amor verdadero es un amor que exige, que corrige, que no deja instalarse en el error, que no permite la flojera. El amor de Dios es como agujijón que se nos urge a despertar, que nos impulsa a ir entrando cada vez más nítidamente en un comportamiento nuevo. En actitudes cada vez más cercanas a su corazón [Leer Hebreos 12,5-12]. El amor de Dios es exigente, porque es un amor que jamás des-espere de nadie. Que a ninguno lo considera un caso perdido. Es un amor que no puede ser bloqueado por ningún tipo de rechazo. Pero al mismo tiempo es un amor que no se queda satisfecho por ningún tipo de respuesta parcial. Ese Dios que nos entrega su corazón, exige de parte nuestra una entrega total, radical, sin ambigüedades, siempre más honda. Jamás un hombre puede aparecer frente a Dios como justo que no necesite ningún tipo de profundización en su entrega de amor. El auténtico Dios bíblico es un Dios nómada. Un Dios siempre caminante, sin morada permanente, porque está guiándonos hacia una plenitud final en orden a la cual siempre podemos caminar, pero que sólo en la eternidad, y por gracia suya, alcanzaremos en plenitud. Por ahora, el Señor de nuestras vidas es el que nos impide quedarnos adormilados en una pequeña estación de nuestro peregrinar [Leer 1 Juan 3,1-2].

El encuentro con este Dios Santo, Trascendente, Señor se traduce en el creyente en un par de actitudes muy básicas, que son los primeros signos de reconocimiento de su señorío:

1. Un aprender a confiarse ilimitadamente en Dios. Con sencillez y simplicidad como de niños pequeños. Un aprender a confiarse mucho más allá de nuestras claridades intelectuales. Aprender a creerle a Dios por sobre todas las cosas, lo que se traduce en una cierta serenidad básica para enfrentar la vida. Enfrentarla no desde el miedo, la inseguridad frente al futuro, el temor ante uno mismo, con la consiguiente necesidad de presentar una buena fachada. Sino que enfrentar la vida desde la experiencia de saberse amados antes y más allá de todo lo que hagamos. No somos nosotros los que sostenemos nuestra vida. Es Dios quien nos sostiene en su regazo, quien nos cuida. No temas pequeño rebaño. No se inquieten [Leer Mateo 11,25-30; 6,25-34; Salmo 131].

2. Entender el cristianismo, en lo que tiene de más esencial, no como una moral o una doctrina, sino como una relación personal con Dios, que se nos ha manifestado en la persona de Jesús. El cristianismo es un encuentro de tú a tú con el amor de Dios. No es adhesión a meras normas de conducta o a preceptos doctrinales. Todo eso es añadidura. Lo que define al creyente auténtico y maduro va siempre en esta línea del encuentro personal, cara a cara, con Dios. De otro modo la fe puede transformarse fácilmente en ideología. Y el modo privilegiado de fortalecer esta experiencia personal de Dios es la oración. Una oración que surgiendo del corazón sea expresión de amor. De un diálogo en el cual más que las palabras importa la capacidad de expresarse el amor, con sencillez y confianza. Una oración que ponga toda nuestra vida, en sus reales y más concretas condiciones, junto a Dios, para recibir de él la fuerza vivificante de su amor.

Vivir según el corazón de Jesús

Ante todo, debemos reconocer el señorío de Dios sobre nuestra vida. Abrirnos a él. Pero este reconocimiento debe traducirse en nosotros en una forma nueva de vida. Una vida según el Espíritu y no según la carne, para ocupar la expresión paulina. Buscando poner de relieve algunos aspectos de esta vida que hoy día parecen ser particularmente importantes de cultivar podemos destacar cinco:

1. Para poder ser cristiano auténtico hoy día, hay que ser un incansable buscador del rostro de Dios. Buscar a Dios ardientemente, cotidianamente, por sobre todas las cosas. Buscar su voluntad, hacer de ella nuestro alimento. Si esto no está, toda la vida misma de Jesús se nos cierra y queda sin sentido. El misterio que unifica y le da coherencia a la existencia de Jesús es justamente este: cumplir el querer de Dios, buscado apasionadamente. Las expresiones más concretas de este buscar la voluntad de Dios son muchas. En primer lugar una práctica permanente y consistente de oración. No se puede ser buen creyente sin un buen nivel habitual de

oración personal. Además tiene que existir un esfuerzo permanente de formación y reflexión. La fe debe ser pensada, madurada, reflexionada en sus consecuencias. No basta con la pura adhesión del corazón, la razón también debe acompañarnos en nuestro empeño de poner toda la vida en las manos de Dios. Pero, en lo más radical, esta búsqueda de Dios significa aprender a no instalarse en nada, a no poner la seguridad en ninguna otra cosa que no sea el querer de Dios. Aprender la libertad evangélica frente a todos los bienes y a las personas. Los malos apegos del corazón separan a ese corazón de Dios. En un mundo en que todo parece apuntar a la búsqueda de seguridades y a la instalación, este mantenerse permanentemente desinstalado, en un esfuerzo de fidelidad al ritmo de Dios, es un desafío muy fuerte [Leer Filipenses 3,4-16].

2. Un esfuerzo intenso y permanente por aprender a ensanchar el corazón, para hacerlo lo más fraterno que sea posible. Es decir, un corazón capaz de acoger a cada persona en su realidad y condición concreta. Un corazón abierto, acogedor, misericordioso, fraterno, sensible a las necesidades de las personas concretas. Un corazón capaz de sentir como propias las necesidades de todas las personas que estén cerca. Este es un intenso desafío para salir de uno mismo, de sus propias preocupaciones y obsesiones a fin de ir aprendiendo a vivir para por demás. A vivir colgado de la misericordia de Dios, pero para hacer de la propia vida una ofrenda para los demás. En la misma medida en que uno aprende a descubrir con mayor profundidad el misterio del amor de Dios va descubriendo la estrechez el propio corazón. De aquí el campo de la lucha contra las pasiones desordenadas del propio corazón. El creyente es el que está desafiado a crecer siempre en el amor al hermano: en cantidad y calidad. Cada vez con mayor intensidad y a un espectro más amplio de personas. La dolorosa experiencia de la profunda incapacidad de amar es quizá una de las más dolorosas experiencias de nuestro pecado [Leer Colosenses 3,5-17].

3. Empeño activo y creativo por hacer de la propia vida un don para el servicio de los demás. Aprender a organizar toda la vida desde la dimensión del servicio, aprendiendo a solidarizar, a compartir, a hacer propia la suerte de los más desvalidos. Se trata, en definitiva, de descubrir vitalmente que nuestra vida sólo la podemos ganar si aprendemos a perderla; es decir, a darla sin esperar nada a cambio. Todo esto es muy fácil de decir, pero con la misma facilidad nos engañamos a nosotros mismos en este aspecto. Es tan fácil buscarse a uno mismo. Buscar ocultas compensaciones, que en definitiva nos hacen estar entregando algo de nosotros para quedar contentos con nuestra realidad más que para buscar el bien concreto de los demás. Aquí es don-de debemos estar extraordinariamente atentos a la realidad concreta de los demás. De otro modo podemos vivir de ilusiones. Estar atento al otro tiene siempre algo de despojo y de morir a uno mismo. Desde la relación de pareja en adelante. Es dar la vida por otros. Y está el problema de los más lejanos, de los que nos son distantes, diversos [Leer Filipenses 2,1-11].

4. Capacidad de asumir con honestidad y lealtad la propia cruz, y la cruz de los demás. El dolor, en sus multifacéticas expresiones parece ser un componente ineludible de toda vida humana. El dolor que nos viene desde fuera, siempre inesperada e imprevistamente, y el dolor que nace des-de dentro, del esfuerzo por ofrendar nuestra vida y encontrarnos con nuestra mezquindad. La experiencia del dolor es ineludible. El punto crucial es el como la asumamos. ¿Negándola? ¿Agobiándonos? ¿Culpando a Dios, a otros, a nosotros mismos? El misterio del

dolor es el misterio del camino concreto por el que Dios nos va conduciendo en nuestra vida. Y en cuanto tal, entenderlo sería desentrañar el misterio de Dios. En la experiencia de la cruz es donde se prueba el verdadero temple del corazón, la verdadera consistencia de la fe y de la experiencia humana. En la experiencia del dolor personal se aprende a ser misericordioso. Es la experiencia del propio límite, de las propias dificultades e incapacidades, de los propios errores, que pone el propio corazón en onda adecuada para entender el dolor de otros. Aunque un sufrimiento mal asumido puede encerrar en uno mismo, obsesionar en las propias angustias y distanciar de los demás. Acompañar a Jesús en el camino de su cruz implica un desafío intenso de ponerse en el mismo camino, y por lo tanto de revisar nuestra propia capacidad para asumir el dolor. Una forma de dolor que con frecuencia desestabiliza muy profundamente es la de la pobreza. La propia o la de otros. Es la experiencia de incapacidad, a nivel personal, es la experiencia de una amenaza terrible cuando es vista en otros. Una amenaza que tiende a negarse atribuyéndole torcidas o varia-das intensiones. Por momentos puede producir profundos sentimientos de autoculpabilización. ¿Qué nos sucede frente a los pobres y frente a la pobreza? Este es un buen test para medir nuestra capacidad de acoger la cruz [Leer Hebreos 2,10-18; 5,7-10].

5. Un creyente es una persona que mediante su palabra y especialmente mediante su concreto modo de vida debe ser un testimonio patente del amor de Dios. Expresión sensible del amor de Dios. Debe ser una imagen radiante de ese amor, en primer lugar, porque ha aprendido a acogerlo en su propia vida. Y desde esa acogida su vida ha cobrado un nuevo sentido, una nueva dimensión. Y por otro lado, porque ha aprendido a ser testigo del amor misericordioso de Dios, particularmente atento para con lo pobre y los pecadores. No parece posible que un discípulo de Jesús de Nazaret, que murió en el calvario, pueda ser una persona con actitudes de desprecio frente a los débiles, los pobres, los desamparados. Tampoco una persona con actitudes condenatorias de los pecadores, de los que a su juicio están mal. Un corazón profundamente misericordioso y acogedor, a la vez que imaginativo y activo para hacer efectiva la caridad son las mejores expresiones de la calidad de una vida cristiana. Es la creatividad de la caridad. De ese cristianismo que no tolera la severidad despectiva, pero tampoco tolera la flojera, la respuesta fácil, cómoda [Leer Gálatas 4,1-7].

Ser cristiano no es fácil, pero es hermoso. Es exigente, pero con tipo de exigencia que en vez de agobiar le permite al hombre desplegar todas sus potencialidades. Una exigencia que hace crecer. Que amplía los horizontes, que libera de los horizontes estrechos. O más exactamente, que al ponernos en contacto con el corazón de Dios despierta nuestras energías dormidas y nos lanza en la desafiante tarea de no dejarnos envolver por nuestras pequeñeces. De entrar en el sendero amplio que Jesús pone ante nuestros ojos. Y al entrar en este camino de Dios, entramos en nuevo tipo de relación con nosotros mismos y con nuestros hermanos. Hoy día son indispensables cristianos vitalmente comprometidos con su fe, con Jesús. No tanto con prácticas concretas, sin con el río de la vida de Dios, a fin de que puedan hacerla parte de su misma existencia. Y desde allí ir gestando nuevas formas de servicio, nuevas formas de vivir la fe. Triunfo sobre uno mismo, pasión por Dios. Búsqueda de Santidad. Actitudes nuevas.

Ante todo: reconocer el señorío de Dios

La vida cristiana nunca ha sido fácil. Caben dos tipos de respuesta. Una simple: acomodarse e ir perdiendo la pasión por una vida cristiana consistente, significativa. Otra, buscar vivir la fe lo más consistentemente que sea posible, con actitud de peregrino que se reconoce llamado por Dios a una vida con calidad espiritual. A un camino que sólo es posible en la fe y desde la fe. Leer **2 Corintios 12,5-10**.

El Viernes Santo la liturgia nos sitúa ante Jesús en la Cruz, y nos plantea el tema de la santidad y del señorío de Dios en nuestras vidas. Nos invita a jugarnos todo lo que somos frente a Dios, sin mezquindades, por amor, porque reconocemos que sólo en Él y desde Él, nuestra vida adquiere sentido. Para poder vivir la vida con toda su hondura cualitativa debemos vivirla de cara a Dios. Es el encuentro con la siempre desconcertante grandeza de Dios la que nos saca de nuestros límites y nos permite ensanchar el corazón. Leer **Hebreos 12,1-4**.

¿Cómo podemos acoger este señorío de Dios en el día a día de nuestra vida cotidiana?

1. En el reconocimiento de la gratuidad y prioridad absolutas de su amor. Ningún mérito nuestro nos hace merecedores de su amor; ninguna falta nos aleja definitivamente de él. Su amor es siempre más grande. La primera tarea de la fe es justamente aprender a admirarse de un amor que trasciende nuestras categorías. Leer **1 Juan 4,8-11**.
2. El Dios de amor es un Señor todopoderoso para amar a todo hombre, cualquiera sea su condición. Para amarlo con un amor tan pleno que es capaz de suscitar en su corazón anhelos del bien. Es un amor sanador, vivificante, que hace crecer. Leer **Efesios 2,1-21** y **Romanos 8,31-39**.
3. El señorío de Dios nos pone ante su soberana libertad, que nos imposibilita manipularlo. Él nos llama, nos invita a abandonar nuestros caminos, para entrar por los suyos; a buscar su voluntad para hacer de ella la orientación fundamental de nuestra existencia. Debemos tener la suficiente

docilidad para permitir que Dios mismo nos vaya modelando de acuerdo a sus criterios, según su medida. Hay un sano e indispensable desconcierto frente a la acción de Dios. Nos indica que efectivamente lo estamos buscando a Él y no a nosotros mismos. Leer **Isaías 45,9-12** y **55,1-9**.

4. El Señor de nuestra vida es siempre un Dios exigente. El amor verdadero es un amor que exige, que corrige, que no deja instalarse en el error, que no permite la flojera, que invita a crecer. El amor de Dios es como aguijón que se nos urge a despertar. Leer **Hebreos 12,5-12** y **1 Juan 3,1-3**.

En el creyente, el encuentro con su Señor se traduce en un par de actitudes básicas, primeros signos de reconocimiento de su señorío:

1. Confiarse ilimitadamente en Él. Con sencillez y simplicidad como de niños pequeños. Confiarse mucho más allá de nuestras claridades intelectuales, lo que permite una serenidad básica para enfrentar la vida, desde la experiencia de saberse amados antes y más allá de todo lo que hagamos. Leer **Mateo 11,25-30**; **6,25-34** y **Salmo 131**.
2. Entender el cristianismo como una relación personal con Dios, un encuentro de tú a tú con el amor de Dios. El modo privilegiado de fortalecer esta experiencia personal de Dios es una oración que ponga toda nuestra vida junto a Dios, para recibir de él la fuerza vivificante de su amor.

Preguntas para la meditación

- a. ¿Estoy satisfecho/a de la calidad de mi vida cristiana? ¿Cuáles son los aspectos en los que podría dar un paso cualitativamente nuevo? Mi experiencia de fe, ¿constituye el punto de referencia fundamental en torno al cual estoy estructurando toda mi vida?
- b. Bien en concreto, ¿estoy reconociendo y acogiendo el señorío de Dios sobre la totalidad de mi vida; de mis pensamientos, sentimientos y

actividades; de mis valores y preocupaciones; de mis apegos y disponibilidades? ¿Tengo una

oración de calidad, que fortalezca mi encuentro con personal con Jesús?

Vivir según el corazón de Jesús

Ante todo, debemos reconocer el señorío de Dios sobre nuestra vida, y este reconocimiento se traduce en nosotros en una forma nueva de vida. Algunos aspectos de esta vida nueva que hoy día son particularmente importantes:

1. Ser un incansable buscador del rostro de Dios. Buscar a Dios ardientemente, cotidianamente, por sobre todas las cosas. Las expresiones más concretas de este buscar la voluntad de Dios son muchas. Una práctica permanente y consistente de oración. El esfuerzo permanente de formación y reflexión. Aprender a no instalarse en nada, a no poner la seguridad en ninguna otra cosa que no sea el querer de Dios. Aprender la libertad evangélica frente a todos los bienes y a las personas; los malos apegos del corazón nos distancian corazón de Dios. Mantenerse permanentemente desinstalados, por fidelidad a la obra de Dios, es un desafío muy fuerte. Leer **Filipenses 3,4-16**.
2. Aprender a ensanchar el corazón, para hacerlo lo más fraterno posible. Un corazón capaz de sentir como propias las necesidades de todas las personas que estén cerca. Estamos desafiados a salir de nosotros mismos, de nuestras propias preocupaciones y obsesiones a fin de ir aprendiendo a vivir con y para por demás. Colgados de la misericordia de Dios, para hacer de la propia vida una ofrenda para los demás. El creyente está desafiado a crecer en un amor cada vez más intenso y abierto a un conjunto de personas cada vez más amplio. Leer **Colosenses 3,5-17**.
3. Hacer de la propia vida un don para el servicio de los demás. Aprender a organizar toda la vida desde la dimensión del servicio, a solidarizar, a compartir, a hacer propia la suerte de los más desvalidos. Se trata de descubrir vitalmente que nuestra vida sólo la podemos ganar si aprendemos a perderla; es decir, a darla sin esperar nada a cambio. Es tan fácil buscarse a uno mismo. Debemos estar extraordinariamente

atentos a la realidad concreta de los demás, especialmente de los más pobres, débiles y sufrientes. Leer **Filipenses 2,1-11**.

4. Asumir con honestidad y lealtad la propia cruz, y la cruz de los demás. El dolor, en sus múltiples expresiones, parece ser un componente ineludible de toda vida humana; el punto crucial es como lo asumimos. En la experiencia de la cruz se prueba el verdadero temple del corazón, la verdadera consistencia de la fe y de la experiencia humana. En la experiencia del dolor personal se aprende a ser misericordioso. Haciendo propio el dolor de los demás, especialmente el dolor de los más pobres, desamparados y pecadores, es como mejor se puede entrar en el corazón de Dios. Conocer su intimidad «desde dentro». Leer **Hebreos 2,10-18** y **5,5-10**.
5. Ser un testimonio claro del amor de Dios, por su palabra y su vida; porque primero hemos aprendido a acoger ese amor de Dios en la propia vida. Y desde ese momento nuestra vida ha cobrado un nuevo sentido. Así, poco a poco, vamos aprendiendo a ser testigos del amor misericordioso de Dios, atentos ante todo a los pobres, los pecadores, los desorientados, los sufrientes. Leer **Gálatas 4,1-7**.
6. Tener una enorme paciencia con nosotros mismos y con los demás. Soportar con serenidad los tiempos difíciles, desde la certeza de que toda nuestra vida está en las manos de Dios. No desesperarnos de nuestra debilidad ni de las debilidades de los que nos están cerca. Leer **Gálatas 6,1-10**.

Preguntas para la reflexión

- a. En este momento de mi vida, ¿mediante qué actitudes o comportamientos concretos estoy mostrando mi adhesión a Jesús? ¿Siento que estoy viviendo de verdad según las actitudes del corazón de Jesús?

b. ¿Existe en mí un empeño permanente, activo y eficaz por ir mejorando la calidad de mi vida cristiana?

¿Hay pasos nuevos que podría dar en este momento concreto de mi vida?

Caminar en tiempos de dolor y oscuridad

Sábado Santo es el día del dolor oscuro. Ya se ha experimentado la muerte, y aún se espera la resurrección, pero sin signos de ella. Es el momento para calibrar la verdad de la esperanza cristiana. Es el día en que recordamos a María, capaz de mantenerse fiel en medio del dolor y la oscuridad del corazón.

Estamos en tiempo de mucho dolor, desconcierto y oscuridades, que necesitamos poner junto al sepulcro de Jesús, para que resuciten con él. Sabiendo que la muerte y la oscuridad, aunque componentes habituales de nuestra vida, no son las que tienen la última palabra. La última palabra pertenece a la vida nueva de Dios. Tanto para cada uno de nosotros como para la Iglesia toda.

1. El dolor es omnipresente en nuestra vida, por más que busquemos calmarlo con analgésicos de todo tipo. El dolor no se resuelve «calmándolo», encubriéndolo, sino reconociéndolo y asumiéndolo. Algunos de los dolores más habituales:

- la enfermedad, el deterioro físico, la muerte. Experimentarnos humanamente limitados, en proceso de desgaste; nosotros mismos y los que amamos.
- el mal presente en el mundo: la violencia, la injusticia, la mentira, las rivalidades, los celos, el rechazo de Dios. Duele verlo en otros, y más aún cuando nos descubrimos cómplices de ese mal... aunque sea por ingenuidad o por cansancio.
- nuestra incapacidad de amar, el egoísmo que nos envuelve, que nos hace sentirnos realmente limitados cuando intentamos ser distintos. El límite en la capacidad de amar está directamente ligado al dolor de la incomunicación y la soledad.
- nuestro pecado, nuestra permanente rebeldía frente a Dios. Nunca terminamos de creer en el amor de Dios y de confiarnos en él. Nuestra fe es torpemente débil y estrecha, con un límite que al parecer nunca logramos superar.

2. También existen dolores más cotidianos y ambiguos, más teñidos por nuestro pecado:

- + el fracaso de los planes personales, o el cambio de los mismos; el conflicto inesperado e injustificado; el orgullo herido... las cobardías personales....
- + ir conociendo cada vez mejor nuestra torpeza en el trato interpersonal, nuestros miedos; nuestra tendencia a la manipulación de las personas. Conociéndolo en nosotros mismos y en los demás.
- + el dolor de no saber cómo ayudar de verdad al que lo necesita (cf. **Jeremías 8,18-23**).
- + no lograr cambiar personalmente, no poder superar las faltas («mi gracia te basta...» **2 Corintios 12,8-10**).
- + la vergüenza de ver una comunidad eclesial con tantas fallas, tan débil, tan lejos de su Señor...

3. El dolor asumido permite hacerse cercano al sufriente. Ayuda a ver las cosas de otro modo, cambia el corazón (**Lucas 10,25-37**). El dolor asumido hace crecer, el dolor rechazado u ocultado produce rebeldías, rencores, agresividad, mal genio e intentos de evasión. Aprendiendo a asumir el dolor, se puede entrar en una vida nueva:

- * se pierde el miedo al sufrimiento y la «vergüenza» por no ser lo que uno soñó llegar a ser.
- * crece la capacidad de entrega personal y se vive con mayor veracidad.
- * se produce una cierta reconciliación con uno mismo, y disminuye el individualismo.
- * se comienza a ver de otro modo el dolor de los demás, sin sentirse «mesías» del mundo entero. Se aprende a confiar en la fuerza de Dios y en la capacidad de las personas.

4. Invitados a entrar en una existencia nueva, fundada en la gracia de Dios, en la cual la fragilidad personal misteriosamente adquiere una nueva dimensión positiva: **2 Corintios 4,7-18**: «Llevamos

este tesoro en vasos de barro, para que brille mejor la gloria de Dios».

- a. ¿Cómo vivo el dolor presente en mi vida? ¿Cuáles han sido y son los principales dolores de mi vida? ¿Estoy vinculándolos a la cruz de Cristo? ¿Soy capaz de besar la cruz de Cristo?
- b. El dolor, ¿ha sido para mí escuela de crecimiento y desarrollo, o más bien ocasión de rebeldías? ¿De qué modo unirme a la pasión de Cristo está siendo para mí un camino de vida nueva?